



Huellas

Huellas recoge testimonios de psicoanalistas que han pasado por la cigarra y que dan cuenta de la impresión que sobre ellos ha dejado tal experiencia.

Huella, en tanto es la señal que deja el pie del hombre en la tierra por donde pasa. Tal como se lee en estos textos, verificamos que no solo el hombre deja su rastro en la tierra. También y esencialmente la tierra deja su marca en el hombre.

¿Por qué pasé por La Cigarra?

Juan Mitre
mitrejuan@gmail.com

La invitación empuja a una enunciación personal, no hay duda de ello.

Cuando recibí la invitación de Gustavo Slatopolsky a escribir acerca de las huellas que había dejado mi pasaje por la cigarra en mi formación como psicoanalista, enseguida pensé: ¿por qué siendo residente de psicología decidí ir a rotar a la cigarra? ¿Por qué decidí rotar por un dispositivo como la cigarra que aloja en general niños con diagnóstico de psicosis y autismo si nunca esa clínica estuvo en el centro de mis intereses?

Lo voy a reconocer: nunca me interesó trabajar con niños que habiten la lengua de esa manera, nunca fue un interrogante para mí el autismo o la psicosis infantil, nunca fue un interrogante -me refiero- a que nunca fue un interrogante que tenga la fuerza de querer llevarme a ocuparme de él en la práctica o en la teoría.

Por supuesto como muchos conocía algunos de los desarrollos teóricos del psicoanálisis lacaniano, también las discusiones políticas en torno al intento de reglamentar las psicoterapias, los debates con las TCC y la neurobiología, y por supuesto que apoyaba que los psicoanalistas se ocupen de esos sujetos, había firmado más de un petitorio. Pero de ahí a querer ocuparme del problema clínico que representa la psicosis y el autismo en la niñez había un enorme trecho.

¿Por qué fui a la cigarra entonces? Es un pequeño misterio, intentemos esclarecerlo.

Año 2005. Era lo que se llama un R2. Vanina Lorda, una compañera - en ese entonces una R4 -volvió entusiasmada de su rotación por la cigarra. Vanina fue

la primera residente del Hospital Belgrano en elegir la cigarra para su rotación por un dispositivo de “rehabilitación” como se dice en la jerga de “La salud”. De ahí en más se ha transformado en una rotación habitual. Desde el 2005 a la fecha es habitual que residentes del Hospital Belgrano roten por allí.

Primera conclusión: a veces, algo se trasmite en una residencia. Y sobre todo, algo se trasmite en la cigarra para que tantos profesionales en formación decidan pasar por allí.

Pero antes de continuar ¿qué entendemos por formación?

Me parece fundamental tomar posición al respecto, porque hoy pareciera que la formación se ha transformado en algo a consumir, en un objeto consumible en la serie de los objetos que nos ofrece el mercado, es un fenómeno de la época a la que el psicoanálisis se pliega. A veces se pliega de la buena manera y otras no tanto. Pero lo que me interesa plantear aquí no son tanto las ofertas ni ese debate, sino la posición que asume cada uno en torno a su formación. El acento puesto en cada uno y no en lo bueno o malo de dichas ofertas.

Entonces, de qué manera se posiciona cada uno en torno a su formación. Creo que hay dos opciones: o se toma la formación como un objeto a consumir o se toma la formación como una experiencia.

El pedido de escribir sobre mi pasaje por la cigarra entiende la formación como *una* experiencia.

Un psicoanálisis puede ser un viaje, o más bien una aventura. En la aventura psicoanalítica, se sabe más o menos cómo se parte pero nunca a dónde y cómo se llega. En eso se diferencia de las TCC que tienen objetivos y metas de entrada, son terapias que proponen, por así decir, un viaje muy programado.

La formación, si la pensamos como una experiencia, también puede ser un viaje o una aventura: un viaje incierto. No es posible controlar la formación, como tampoco es posible controlar las transferencias.

Volviendo a mí caso, algo me llamó de lo que relató mi compañera, lo que capté enseguida es que la cigarra era un lugar donde el psicoanálisis estaba vivo, con

sus talleres sobre el secreto, la palabra, el cuerpo... Dispositivos que apuestan al sujeto. Dispositivos -a diferencia de otros hospitales de día- armados especialmente en función de la lógica de las psicosis.

No solo corroboré eso sino mucho más. Me encontré allí, para mi sorpresa, que se intervenía en los talleres sin saber demasiado de la historia de cada niño. No se revisaban las historias clínicas: quien no soportaba podía consultarlas. Algo de eso, de ese *no saber* sobre la historia del caso, de ese *no saber* sobre ese niño que estaba allí con un comportamiento rarísimo, algo de ese *no saber* empujaba al acto. Enseñaba a intervenir sobre ese comportamiento y sobre la literalidad de ese decir ahí, sobre lo a-histórico de la pulsión.

La cigarra te separa de la historia, de ese sueño neurótico de querer explicar todo a partir de la historia. La cigarra me enseñó sobre el agujero que habita toda historia.

También mi relación a lo “normal” se puso en cuestión. Considero hoy que el analista es alguien que soporta no normalizar. Y hay que poder hacerlo cuando uno se encuentra con niños tan a-normales, tan por fuera de la norma fálica.

Por último, la *insondable decisión del ser*, no sé bien qué quiso decir Lacan con eso. Pero sí, son dos significantes de una potencia clínica enorme. Hay algo *insondable* en la causa de cada subjetividad, hay un real inatrapable que ni la ciencia, ni “la medicina basada en la evidencia” -tan en boga y tan esperanzadora para algunos hoy- puede terminar de explicar. Y hay también, una *decisión*. Suponer que ese niño que mira una luz y es lo único que hace, suponer que ese niño al que le han hecho miles de estudios neurológicos y no le encontraron nada, suponer ahí una decisión, una decisión sobre un modo de gozar, habitar la lengua y el mundo, es de una radicalidad, de una potencia y de una dignidad clínica enorme. Eso lo aprendí en la cigarra, eso que aprendí sobre la decisión del sujeto en torno a su modo de gozar me sirvió para elucidar mi propio caso, y luego así, para mi práctica analítica.

Huellas

Ricardo Seijas
seijasr@yahoo.com

Me alegra haber recibido la invitación de los responsables de la revista para testimoniar acerca de las huellas que quedaron en mi posición de analista de mi paso por la cigarra, y les agradezco la oportunidad de hacerlo.

En principio, no puedo soslayar que mi llegada a la cigarra se debió a la invitación de un amigo, Gustavo Slatopolsky, su coordinador. Amistad que debía y debe parte de sus fundamentos a haber compartido espacios y preguntas en torno al psicoanálisis. Por mi parte, no hubo ninguna otra razón para aceptar esta invitación que el interés por seguir sosteniendo esa transferencia de trabajo, pero también, debo reconocerlo, por tener cierta asignatura pendiente, cierto encuentro postergado con el autismo y la psicosis. Nunca había participado de una institución dedicada especialmente a ellos, y a la vez, desde que comencé mi formación siempre lo había tenido en mente, sin poder concretarlo.

Mi encuentro inicial con la cigarra ofició de interpretación. Esperaba un lugar como otros, donde me dijeran cómo y dónde participar, donde hubiera obligaciones, en fin, que encarnara alguna demanda, para luego ubicarme como siempre lo hago. El hecho de que esto no fuera así, que hubiera justamente una especie de vacío de toda demanda, que por el contrario primara la oferta, me produjo un primer tiempo de desasosiego, de desubicación.

En los talleres esta lógica se reproduce: no es necesario un saber previo acerca de los pacientes para participar como coordinador o acompañante, no hay acuerdos terapéuticos. Se trata entonces de estar atentos a lo real de la clínica

sin preavisos ni juicios de otros – aun cuando ese otro fuera el analista mismo del niño.

Todo esto implica, veladamente, una especie de ausencia de jerarquías, aun cuando fueran imaginarias. Jerarquías tan caras en la institución estatal. En mi caso, las suponía, y uno de mis problemas era cómo ubicarme en ellas. Se notaba en mi dificultad de escribir la cigarra con minúscula.

También implica la confianza mutua para que cada uno dé el paso al vacío que considere necesario, lo que en música se llama improvisación, que como se sabe, no está exenta de orientación.

Por si hace falta, aclaro que no se trata solamente del encuentro con un dispositivo, una lógica de trabajo entre varios. El verdadero encuentro fue con quienes sostenían, y aún sostienen, esta posición, o sea, el coordinador y los miembros del equipo.

Pero entonces, a la angustia inicial –comprobable en cualquiera que haya pasado por esta clínica- ¿se le sumaba esta otra, fruto del dispositivo mismo? Pues no, porque el dispositivo contaba con otro elemento, fundamental para causar el deseo de quienes se topan con sujetos que han decidido permanecer en un radical sinsentido, fuera del lenguaje, con sus cuerpos no constituidos, fragmentados. ¿Qué otro elemento? La invitación a formular y a sostener una pregunta propia, pregunta que a veces podía derivar en la invención de un taller para los pacientes o de un espacio de lectura o investigación en el equipo. Entonces, haber atravesado ese desasosiego, es la primer huella que encuentro, pues ya no pude ser totalmente el de antes, el que esperaba, el que se escondía, el que callaba. La segunda, un deseo que no se ha detenido desde entonces, que noto en lo que creo sus manifestaciones: una alegría por el encuentro con esta clínica, alejado definitivamente de los prejuicios y las barreras que ponía con los sujetos que la portaban, el no poder dejar pasar las preguntas que me asaltan, y el intento –por sobre todo divertido- de responderlas con la lectura y en compañía de otros.

En cuanto a mi posición en la clínica, más allá de la estructura en cuestión, noto cierta convicción del valor del sinsentido, convicción que antes no existía, sumergido en la vacilación y en la ilusión del sentido.

Todo esto no sería posible sin análisis, pero también es cierto que encontrarse en la vida con otros que facilitan –por decirlo de algún modo- la vía del sinthome y no la del síntoma, merece reconocerse y, sobre todo, agradecerse.

Ricardo Seijas, La cigarra: 2007-2010. Desde el 2010, coordinador del hospital de día de adultos del CSMNro.1.

Práctica entreunos, práctica entre varios.

Ana Cristina Ramírez Carmen
anacris.ramirez@gmail.com

Siendo estudiante de psicología el encuentro con el hospital psiquiátrico en mi país dejó una marca imborrable; marca que quedó aparejada con la convicción de que ese no podía ser el único tratamiento posible. Fue esto lo que, en un primer momento, motivó mi acercamiento a Lacan, a su concepción de las psicosis y de las vías de un tratamiento. Ha pasado más de una década, pero ha sido ese encuentro el que me ha llevado por muchos lugares, algunos teóricos, otros geográficos; y fue así como llegué a la puerta de *La Cigarra*, empujada por la búsqueda de un saber sobre cómo hacer con lo insoportable sin el auxilio del Padre. Por esas cuestiones de la disparidad entre las búsquedas y los encuentros lo que me esperaba allí era el *no saber*, pero articulado de modos inesperados.

Saber no saber

Empecé mi práctica en *La Cigarra* a la par que me acercaba y descubría teóricamente la *práctica entre varios*. En ese momento me impactó profundamente un texto de Bruno de Halleux quien decía que el mínimo requerido para trabajar con el sujeto psicótico es una *pobreza en cuanto al saber*¹ ese sentido, el autismo fue el encuentro con la confirmación radical de que cualquier saber a priori cuando del sujeto se trata es una mera ilusión y

¹ De Halleux, B. No sin los padres. Recuperado de: <http://autismos.es/textos-online/29-no-sin-los-padres.html>

que la posición que conviene al analista es la de estar atento a las respuestas del sujeto y tener cierta docilidad frente a ellas.

Dicho así, no es una gran novedad, pero una cosa es enunciarlo teóricamente y otra cosa es poder hacer algo con eso que no nos deje sumidos en la angustia y en la desorientación. En lo particular, este encuentro me permitió hacer pasar ese *no saber*, del lugar de un mero accidente a remediar, a hacerlo condición de la intervención y en consecuencia más soportable la angustia que conlleva el vacío. Aceptando que el hecho de preparar un canasto de juguetes e invitar al chico a jugar en el consultorio y que él salga sin siquiera mirarlos, ni mirarnos a juntar semillas y piedritas, no sólo es una posibilidad, sino que un tratamiento no consiste en adaptar el niño a nuestra oferta, sino adaptar nuestras propuestas y dispositivos al trabajo en el que él está inmerso; a darle cabida a sus invenciones y a las nuestras, sobre un fondo en el que no hay garantías.

Entonces, si no sabemos hacia dónde nos dirigimos, ¿cualquier camino es bueno? ¿Cómo hacemos para intervenir? ¿Cómo no quedar petrificados ante el vacío?

Un no saber que no inhiba

Recuerdo un día en el que al terminar el *Taller de granja*² día, no lograba separarse de los animales y subirse a la combi. Una vez en el auto, escupía, pataleaba, arrojaba cualquier objeto que se le ofrecía; ninguna promesa sobre la visita de la próxima semana, ni uno de los chicos, para quien era su primer día, no lograba separarse de los animales y subirse a la combi. Una vez en el auto, escupía, pataleaba, arrojaba cualquier objeto que se le ofrecía; ninguna promesa sobre la visita de la próxima semana, ni la oferta de una interpretación

² Taller realizado en Le Courtil (institución belga que acoge niños y adolescentes) cconsiste en ir a una granja

sobre el malestar que experimentaba lograba aportar un alivio. Con el auto en marcha, se desata el cinturón de seguridad, le digo que llevar el cinturón es una cuestión de seguridad y trato de engancharlo de nuevo, a lo que reacciona con patadas y puños. Sin saber muy bien por qué, me veo empujada a agarrarle los brazos y sentarlo sobre mí, y en el mismo instante que hago esto se calma, lo cual me deja atónita. Luego, en la reunión de equipo en la puesta en común de lo que ocurría en el día a día con este niño, empieza a aparecer que las intervenciones en las que estaba en juego algo del orden del continente y del contenido, de lo que le ofrece un borde, producían en él un apaciguamiento. No fue la construcción del caso lo que permitió realizar intervenciones con algún orden de efectividad, fueron las intervenciones mismas y una lectura del detalle y de su lógica lo que permitió que algún saber sobre el padecer del chico decantara. El saber, sea este teórico o el saber clínico del caso, no es condición para hacer, el acto tiene que ver con una decisión que a priori no es ni errónea ni acertada y es por sus efectos que podemos juzgarla. Se trata de autorizarse a intervenir haciéndonos cargo de las consecuencias inesperadas de nuestro acto.

Hacer de un vacío causa

El saber, sea clínico o teórico, no ofrece ninguna garantía para el encuentro con los pacientes en la clínica. Como practicante que se inicia, uno tiende a pensar que es un defecto que se irá corrigiendo en la medida en que se estudia y se adquiere experiencia, cuando en realidad no es así. Y esta es una enseñanza que se aplica también para el trabajo con el síntoma en la neurosis: si hay una

³ Taller realizado en Le Courtil, consiste en ir a una granja abierta a toda la comunidad en la cual los niños pueden aprender sobre el cuidado de los animales y las labores que este implica.

condición necesaria para que el trabajo de un análisis se produzca es que del lado del analista pueda haber un vacío con relación al saber y que este vacío no inhiba el acto, que no nos deje petrificados.

El saber anticipado que nos ha legado Freud y Lacan es útil en tanto permite formalizar lo que ocurre en la clínica y es necesario hacerlo más riguroso, no porque desde él se intervenga, sino porque es un instrumento de lectura. Se suspende cuando uno escucha un paciente, y se recuerda cuando se trata de leer los efectos de ese encuentro. Fundamentalmente creo, que si sirve para algo investigar es para ser menos dogmáticos: para darnos cuenta de los límites y de la insuficiencia de cualquier teoría para dar cuenta de lo real. Para mantener, así, siempre abierta la pregunta.

Más allá de los aprendizajes obtenidos y de las pistas encontradas sobre cómo hacer cuando no se cuenta con el padre, lo más valioso del trayecto recorrido, del encuentro con los colegas, con los niños y sus familias, fue que me permitió articular la angustia que produce el *no saber* de otra manera, convirtiendo ese vacío que me dejaba desorientada e inmóvil, en algo con que operar; haciendo de ese *no saber*, causa de un trabajo y de la angustia, motor.

La Cigarra, como dispositivo que se habita desde las preguntas, ha sido una caja de resonancia en donde poder hacer eco de mis preguntas y el lugar dónde poder sostener con otros ese trabajo de formalización y de investigación.